

La Semana Ilustrada

Año I.

Redacción: Marqués de la Ensenada, 8.
Administración: Mesonero Romanos, 31.

Madrid 22 de Junio de 1907

10 céntimos Número suelto-10 céntimos.
Año, 5 ptas. Semestre, 3. Trimestre, 1,50.

Núm. 8



HUIDA DEL AUTOR DEL CRIMEN MISTERIOSO, SEGUN LA VERSIÓN POLICIACA

RECONSTRUCCIÓN DE LA ESCENA HECHA SOBRE UN «CLICHÉ» FOTOGRAFICO, OBTENIDO POR NUESTRO REDACTOR ARTÍSTICO SR. ALFONSO

La interesante figura del matador gateando por los tejados de la casa de la calle de Tudescos, contigua á la que fué teatro de la tragedia, no es caprichosa creación imaginativa del dibujante. Esta documentación gráfica sobre el presunto ejecutor del horrible degüello de que fué víctima Vicenta Verdier, á mediodía y cuando parece que todo imposibilitaba la impunidad, tiene exactitud absoluta

de ambiente, pues reproduce con detalles fidedignos la ventana por donde se supone que escapó el criminal, muestra la disposición en que se halla el tejado que favoreció la peligrosa fuga y responde, además, por completo á lo que, desde el primer momento de desorientación en este crimen sin precedente por lo obscuro é indescifrable, constituyeron las únicas conjeturas oficiales.

LOS SUEÑOS DE MANOLIN



La empresa de LA SEMANA ILUSTRADA anhela corresponder a los favores cada día más crecientes del público, por lo que no sólo persiste en sus esfuerzos para vencer las dificultades materiales y tipográficas que se ofrecen a una gran tirada en rotativa de un periódico como el nuestro de actualidad en colores, sino que proyecta, y desde luego pone en ejecución, reformas y mejoras editoriales considerables.

Hoy, como avance, anunciamos a nuestros lectores algo que por extraordinario y notabilísimo se separa de cuanto se ha realizado hasta el día en materia de atracciones gráficas: la publicación desde el próximo número de

Los sueños de Manolín

historieta interesante, bella y sorprendente, que llamará la atención de grandes y chicos, de sabios y profanos, de cuantos amen el arte y gusten de la amenidad ingenua y culta. Es de tal magnitud el valor de esta narración ilustrada, que

Los sueños de Manolín

constituyen el éxito periodístico de más relieve en los anales de la prensa gráfica moderna. Los dibujos originales se deben al lápiz de uno de los mejores caricaturistas del mundo, Winsor Mc Cay, que aunque no hubiese producido otras obras, le valdría solo esta serie de espléndidas viñetas los honores de la celebridad universal. La reproducción en nuestras planas de

Los sueños de Manolín

la haremos a todo color y con la misma brillantez de tonos con que aparecen las figuras en los insuperables diseños del artista. El triunfo que para LA SEMANA ILUSTRADA supone la reproducción exacta de una obra de tantas dificultades técnicas como

Los sueños de Manolín

es lógica consecuencia de los trabajos que venimos haciendo en pro de la estampación en colores; así es que no hemos titubeado en concertar con *New York Herald* las bases que nos aseguran, con la exclusividad para nuestro país, la publicación de todas las fantásticas y maravillosas ilustraciones en color, en las que nos relata Winsor Mc Cay

Los sueños de Manolín

PREOCUPACIÓN DE ACTUALIDAD

ASESINATO DE VICENTA VERDIER EN LA CALLE DE TUDESCOS

EN UNA CASA TOTALMENTE HABITADA, EN UNO DE LOS SITIOS MÁS CENTRICOS DE LA POBLACIÓN Y A LA UNA DE LA TARDE

Sobre la impunidad de los delincuentes.

La degollación de Vicenta Verdier, consumada en calle tan céntrica como lo es la de Tudescos, a pocos pasos de una Comisaría de vigilancia y en plena luz del mediodía, ha hecho renacer en la opinión pública el recuerdo de otras tragedias semejantes, casi olvidadas ya en la memoria del vecindario madrileño. Dos clases de hechos análogos a éste han acudido a la mente de todos al enterarnos de este misterioso y sangriento drama. Una, la de los crímenes en que el autor ó autores han alcanzado la impunidad (ejemplos: el de otra infeliz mujer degollada en la calle de Santa Brígida, la muerte violenta del excéntrico morador de una casucha de Bellas Vistas, y el asesinato del anormal cura Meliá; sucesos los tres acaecidos en poco tiempo). Otra, la de los crímenes que durante mayor ó menor número de días permanecieron en la obscuridad del misterio, como la muerte trágica del joven cabo Marín, el asesinato en una cochera de la calle de Lope de Vega, los cometidos por Solé, Gavilanes y la tristemente famosa Cecilia Aznar, el drama de la calle de Tetuán y otros muchos, en que a la imprudencia ó a la impudicia de sus ejecutores se debió exclusivamente la captura de éstos y la posibilidad de imponerles el correctivo y la sanción penal consiguientes a la violación del derecho.

Y esta es la hora en que nadie sabe dentro de qué categoría de esas ha de incluirse la sombría y enigmática tragedia de la calle de Tudescos. Pero ella ha venido a demostrarnos una vez más la escasa eficacia de los servicios policíacos y de las instrucciones judiciales en esta villa coronada... de espinas. Y para que no se nos tache de injustos, vamos a probar la exactitud y la racionalidad de las precedentes afirmaciones.

A raíz del crimen.

A la una y cuarto de la tarde, aproximadamente, el zapatero Antonio Campomayor, que tiene su taller en la planta baja de la casa núm. 14 de la calle de

Tudescos, frente por frente a la en que habitaba la víctima, oyó una voz angustiosa de mujer demandando auxilio. El, su esposa y los dependientes de una tienda inmediata fijan en ello su atención; pero sin darse cuenta de dónde parten aquellos gritos que al principio son claros, fuertes y sonoros, que van debilitándose gradualmente y que, al final, son débiles, temblantes, apagados, como si salieran de una garganta enronquecida por los estertores de la agonia. Un estudiante, que está asomado a un balcón de la casa núm. 16, les indica por señas que las voces de socorro han partido del piso último del edificio señalado con los núms. 13, 15 y 17.

El maestro de obra prima y otras personas suben al indicado piso, y, acercándose a la puerta de ingreso a la habitación de la Verdier, perciben claramente las pisadas de alguien en el interior de la vivienda y luego el chapotear de las manos de alguien que allí cerca se está lavando.

Se da cuenta de ello a la Comisaría del distrito del Centro, situada en la travesía de Moriana, a unos cincuenta metros de la casa del crimen. Acuden dos guardias y un teniente de vigilancia y, según testimonio de la portera y demás personas allí presentes, el aludido oficial se niega a acceder a lo que unos y otros proponen, que es violentar la puerta con objeto de socorrer—si aún es tiempo—a la víctima y de aprehender al autor de lo que se supone es un crimen. Piérdense los primeros momentos, tan preciosos y tan preciosos siempre para el descubrimiento y la captura de un malhechor, y éste los aprovecha para huir del teatro de la tragedia, descolgándose por una ventana que recae sobre un tejadillo que separa el patio de aquella casa del de la contigua; salta de allí al tejado de otro inmueble próximo, y desaparece sin dejar la menor huella de sus pasos de fugitivo. El criminal se lleva el arma que le ha servido para cometer su horrible atentado.

Reconocimiento de la casa.

Cuando se presenta el Juzgado allí, ha transcurrido ya más de hora y media

desde que se oyeron los últimos lamentos de la inquilina de aquel cuarto. Recorren ansiosos la habitación, y lo primero que en ella notan es el desorden en que están algunos muebles del gabinete. Junto a la chimenea, yace por tierra en trizas un macetero. En el manojito de llaves colocado en la cerradura de un armario de luna, y en la madera de éste, se ve algunas manchas, muy recientes, de sangre. Pasan de dicha pieza a una alcoba, que comunica con aquella sin puerta alguna, y retroceden llenos de horror ante el espantable espectáculo que se ofrece a sus ojos. Sobre la esterilla de junco puesta a los pies de la cama de matrimonio, que está en medio del dormitorio, ven el cadáver de una mujer tendido en posición horizontal, con la cabeza apoyada sobre los flecos de la colcha y los pies hacia el gabinete.

El cadáver.

La muerta se hallaba vestida ligeramente; la camisa, el corsé, una falda corta, un delantal, las medias y los zapatos (que eran de lona y en mediano uso) constituían toda su indumentaria. Al caer mortalmente herida, para no levantarse más, el delantal veló su rostro y parte de la cabeza, de modo tal, que no se veían las lesiones que pudiera tener. Debajo del cuerpo inanimado de Vicenta Verdier se notaba un tremendo charco de sangre, en las que estaban empapadas también las prendas interiores, especialmente la camisa.

Al descubrirle el rostro, se vió que la cabeza estaba unida al tronco exclusivamente por las vértebras cervicales. Las dos arterias yugulares, cortadas a cercén, habían dejado exangües todos los vasos sanguíneos del cuello, y la hemorragia consecutiva a la producción de las lesiones debió de ser enorme y producir la muerte a la víctima casi instantáneamente.

La autopsia.

Según el informe de los médicos que practicaron esta importantísima diligencia, la lucha de Vicenta Verdier y su matador debió de ser larga, cruel y barbara. Contribuían a robustecer esta opinión de los peritos la circunstancia del desorden advertido en los muebles del gabinete y las múltiples cortaduras que presentaban las manos de la muerta, quien trataría de arrebatar el arma de las de su cobarde agresor. Creen, además, los facultativos que la acometida se realizó estando la víctima sentada (quizá haciéndose la *toilette*, como lo indica el peine y el trozo de espejo hallados cerca de la interfecta) y el matador en pie, a espaldas de ella. Se trata, pues, de un asesinato, ya que la defensa de la infortunada mujer precedió breves momentos a su agonia y obediencia a ese poder irresistible del instinto de conservación, tan marcado y violento en los que mueren a mano airada.

Opinan, finalmente, los médicos que hubo por parte del malhechor un gran

abuso de superioridad, porque debe de ser un hombre de recia complexión y fuerzas hercúleas.

¿Por dónde huyó el asesino?

Esta es la clave del enigma. Lo casi seguro es que se fugó por los tejados, puesto que la gravedad de las lesiones de Vicenta Verdier no dejan lugar a la hipótesis de que ella pudiera echar el cerrojo de la puerta exterior de la habitación, a fin de evitar que el agresor volviese de nuevo a acometerla, si hubiese huido por la escalera de la casa del crimen.

Pero es también de suponer que llevase grandes manchas de sangre en la ropa ó en el calzado, y con esos testigos acusadores no es presumible que saliera a la calle en pleno día y sabiendo que se había descubierto ya el crimen. Más verosímil es creer que *alguien*, atemorizado por su actitud y sus amenazas—puesto que llevaba el arma consigo—, le albergase en su habitación, hasta que la noche, esa gran protectora de criminales, tendiese su manto de nebruras sobre la tierra. Pudo, pues, muy bien ocurrir que, voluntaria ó forzosamente, alguna persona le sirviera de encubridor, obligada a ello por esa paralización de la voluntad que el Código penal califica con el nombre de «miedo insuperable».

Los vecinos de Vicenta Verdier.

La habitación donde se desarrolló el sangriento drama tiene una ventana al patio, y frente a ella—a la distancia de unos dos metros—está la del comedor del cuarto donde habita Matilde Morelló, conocida entre la vecindad por la *Rubia*, tal vez para distinguirla de una preñada que vive en la casa de enfrente. Esa señora, que tiene huéspedes y que servía también la comida a Vicenta, asegura que no oyó nada en la habitación de la víctima. Cosa extraña es que ni sus huéspedes advirtieran los gritos que llegaron hasta oídos del zapatero y del estudiante domiciliados en la otra acera de la calle, ni sintiesen el fragor de la lucha que debió de preceder al horrendo crimen. La portera—que es muy locuaz a ratos—se ha encerrado también en inquebrantable silencio cuando se le habla de ello. Parece acogida en algún Asilo de sordomudos... No sabe nada, no oyó nada, no dice nada. Es un modelo de *concierges*.

Semblanza de la víctima.

Vicenta Verdier era mujer de raras costumbres y de carácter muy complicado. Dicen que no recibía otras visitas que las de un incógnito personaje, de quien luego hablaremos; pero también se sabe que recibía multitud de cartas, generalmente llevadas a su casa por mensajeros de los escritorios públicos.

Sus salidas a la calle eran frecuentísimas, como también sus cabildos con la portera de la casa. Sus lecturas favoritas eran esos libros que forman la parte más inmoral de las pinacotecas pornográficas, tan del gusto de jovencuelos precoces y de vejotes verdes, y que nos suelen ofrecer en voz baja por esas calles ciertos vendedores de libros prohibidos por la autoridad... y por la decencia.

Había cumplido treinta y siete años el día 5 de Abril último, y llevaba quince de relaciones íntimas con un hombre que hace tres contrajo matrimonio; mas sin romper por ello los lazos que le unían a la Verdier. Por cierto que el mismo día de la boda—que se celebró a primera hora de la noche del 19 de Marzo de 1904—estuvo almorzando en casa de su amante y desde allí fué a recibir el sacramento conyugal.

Este señor le pasaba la cantidad mensual de 200 a 250 pesetas, para atender a los gastos de su casa y manutención. Y, a cambio de eso, ella le guardaba fidelidad, a lo menos en apariencia. Porque hay que advertir también que, amén de la erótica biblioteca a que hemos hecho antes alusión, se ha encontrado entre sus papeles un epistolario amoroso del más subido tono naturalista; y es de suponer que no lo usaría para cartearse con un amante a quien conocía de tanto tiempo, sino para otros amores circunstanciales y fugaces.

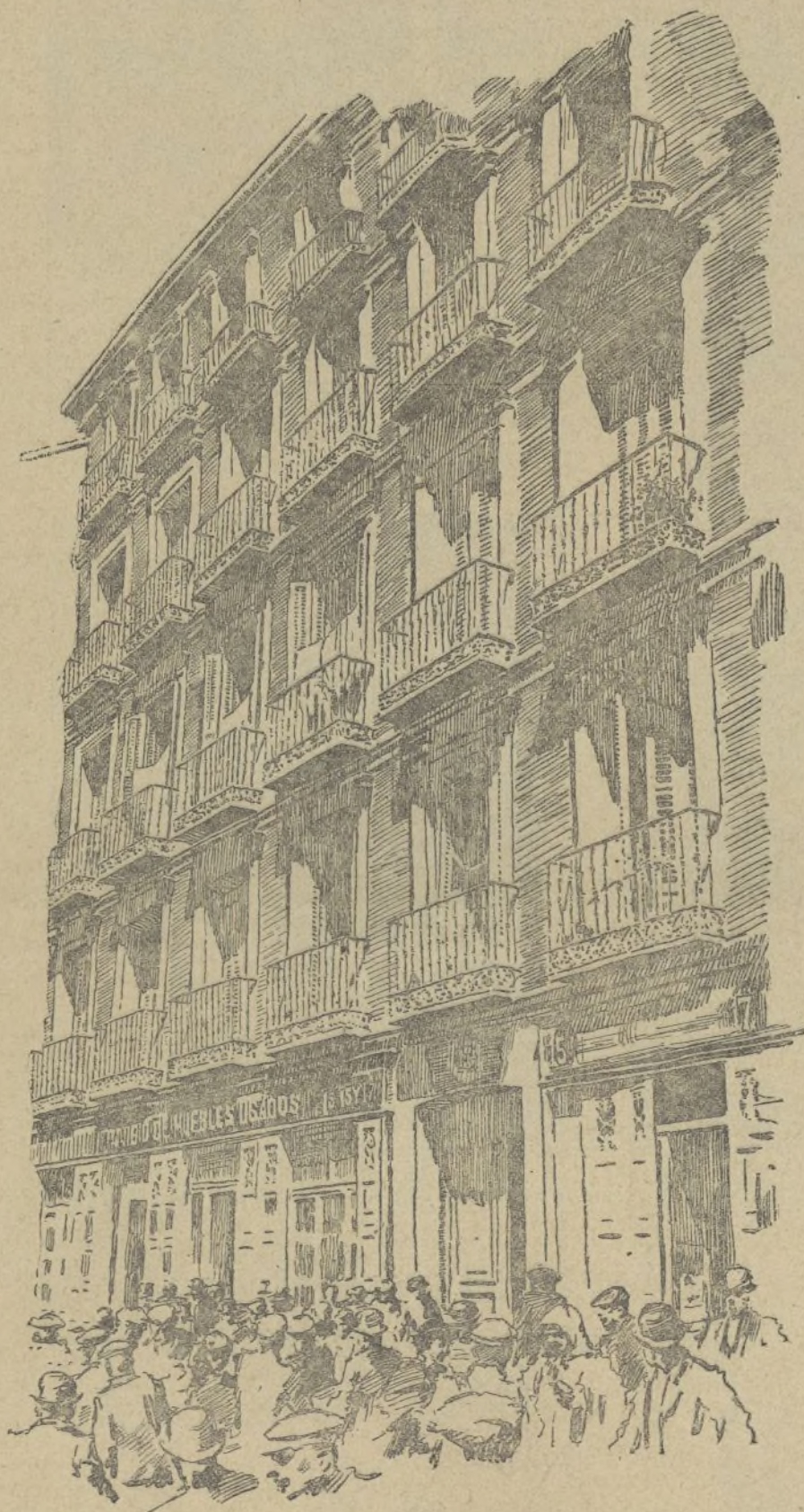
El móvil del crimen.

No lo ha sido, seguramente, el robo, contra lo que se creyó en los primeros días subsiguientes al crimen. Vicenta Verdier no había recibido este mes sino setenta y cinco pesetas de la asignación que le pasaba su protector y amigo. Para pagar la casa antes del día 7, según costumbre, había tenido que reemplazar la papeleta de préstamo de una sortija pignorada en el Monte de Piedad. El día

del crimen no le quedaban más que treinta pesetas en monedas de á cinco y algunas piezas en calderilla. Todo esto fué religiosamente respetado por el autor del crimen. En cuanto á las alhajas de Vicenta, las encontradas en su casa eran de piedras falsas. Las buenas obran en el sumario en forma de papeletas pignoraticias... No hubo, pues, robo de ningún género.

¿Cuál fué, por tanto, la causa motivadora del delito? Esa es la cuestión bata-

la Vicenta Verdier. ¿A qué obedecían ese fingimiento y esa curiosidad? ¿Tendría la señora de referencia algún interés personal en conocer la vida y la muerte de la mujer asesinada? Eso es lo que la opinión pública se pregunta, relacionando las idas y venidas de esa dama misteriosa con la desaparición de Vicenta del mundo de los vivos. Pero nosotros nada podemos deducir de esos rumores y conjeturas, cuyo valor no tratamos siquiera de justipreciar.



La casa de la calle de Tudescos, núms. 13, 15 y 17, poco después de descubrirse el horrible asesinato de Vicenta Verdier. La multitud comenta lo enigmático del suceso. Se censura la lentitud con que se procedió á las primeras diligencias, permitiendo que el criminal escapara.

llona, que el Juzgado debe esclarecer, si ha de encontrar la pista segura para dar con el delincuente. Nuestra misión no es esa. Allá el juez y la policía se las compongan como puedan... si pueden.

¿A quién podía aprovechar el delito?

Este es otro punto esencialísimo para el esclarecimiento del crimen. Se viene hablando de una señora que pasó en coche por frente á la casa de la Verdier momentos después de ocurrir la muerte violenta de ésta; que se apeó del carruaje y preguntó á un chico si había sido descubierto el ejecutor del hecho de autos; que en varias ocasiones había recorrido las prederas situadas en las inmediaciones del lugar del suceso, comenzando por ajustar un mueble y acabando por confesar que su objeto era ver de cerca

Esa señora, á quien conocen perfectamente el Juzgado y la policía, ha negado hasta que conociera á la víctima; pero hay afirmaciones de testigos imparciales que han demostrado lo contrario al ser requeridos para ello por el juez instructor.

¿Quién es el criminal?

Dos hermanas modistas, que viven en la calle de Silva, núm. 12 duplicado, piso cuarto, parece ser que dijeron á raíz de ser descubierto el crimen que habían visto por el tejado de su casa á un hombre alto, de barba negra, vestido con traje de tela azul como los que usan los mecánicos; que dicho individuo corría trémulo y demudado, y que les gritó: «¡Salida, salida!» Esas jóvenes, una de veinte años y otra de trece, que son muy

lindas y que visten de riguroso luto por el fallecimiento de su padre, ocurrido hace poco tiempo; que se llaman Pilar y Fuencisla, respectivamente, y que trabajan en el obrador que una modista francesa tiene establecido en la calle de San Bernardo, número 19, han negado ante el juez—y ante nosotros también—lo que se dijo que habían afirmado en las horas subsiguientes al crimen. Se había hablado también de que un mendigo domiciliado en los Cuatro Caminos había visto, desde la calle de Silva, á un hombre que saltaba por los tejados á la hora en que el suceso fué descubierto. Pero luego se ha demostrado que veía visiones...

Han corrido de boca en boca otra infinidad de patrañas y fantasías; pero la verdad no ha salido aún de ninguno labio.

En el terreno de las hipótesis es todo el mundo capaz y libre para aventurar juicios temerarios, de lo cual nos preserve Dios á nosotros. Nuestra labor, puramente informativa, se reduce á sintetizar las opiniones que nos parecen razonables y razonadas.

La última noche.

Se dice que en la víspera del día de autos, á primera hora de la noche, estuvo la Vicenta en un café situado en paraje céntrico, acompañada de un individuo de barba negra; que éste cenó allí, negándose ella por no tener ganas de comer, y oyendo entonces el camarero que él le propuso ir á la verbena de San Antonio, á lo que accedió la Verdier, abandonando juntos el establecimiento.

Una mujer de vida alegre, que vive en la calle de Tudescos, ha manifestado que vió á la Vicenta aquella noche en la Florida, acompañada de un sujeto cuyas señas coinciden con las dadas por el camarero aludido, agregando que no era el protector de la víctima, á quien la declarante conocía muy bien por haberle visto varias veces con la Verdier.

Un estudiante, que está de huésped en casa de Matilde Morelló, es decir, en el cuarto situado en el mismo piso que el de Vicenta, sintió—á las cuatro de la mañana—que se detenía un coche á la puerta de la casa; se asomó al balcón y vió que la Vicenta llegaba en compañía de un hombre y que, cuando penetraron en la habitación de aquella, encendieron la luz eléctrica.

Un reloj olvidado.

¿Quién es ese hombre desconocido? ¿Qué cochero los llevó allí? Esto último no debe ser muy difícil de averiguar, y quizá ello diera alguna luz para esclarecer este misterio nebuloso.

Hay otra circunstancia muy curiosa é interesante, y es que el visitante nocturno—y acaso póstumo—de la víctima se dejó olvidado sobre una mesa el reloj de su propiedad. De haber sido el robo el móvil del crimen, hay que confesar que el ladrón se había robado á sí mismo...

Ese hombre, que—por lo visto—pasó la madrugada con la Verdier, no habra sido el autor de la muerte de ésta, el que salió huyendo por la ventana de la alcoba interior, desapareciendo por los tejados y viajando—hasta ahora—de riguroso incógnito?

¿Será algún amante desdichado por la interfecta, que tuvo alguna cuestión con ella y que acabó dándole muerte trágica?

La odisea de un inocente.

El joven D. Ramón Arnal y Elegido, á quien la policía detuvo por creerle autor del delito, que desde la Comisaría general fué al Juzgado de guardia y desde allí á la Cárcel Modelo, donde estuvo cincuenta horas en calidad de incomunicado, hasta que el miércoles fué puesto en libertad por no resultar contra él cargo alguno que pudiera comprometerle, nos visitó al salir de su encierro y nos relató conmovido lo que le ocurrió en ese tiempo. Más adelante hallará el lector, referida por el mismo, la odisea de esta nueva víctima de los errores policíacos.

La esposa del protector y la protegida.

En la calle de Tudescos, frente á la casa donde ocurrió el suceso, hay una predería. La predería se llama Cándida Carrasco. Y esta mujer presenció hace un año, en su tienda, una escena muy curiosa, que, casi olvidada, adquiere por el crimen verdadero interés. En la escena intervienen al principio tres personas: la señora del protector de Vicenta, Vicenta misma y la predería. Cándida la ha relatado el miércoles ante el Juzgado, y su referencia consta, pues, en autos. A ellos nos referimos al reproducirla, confirmando lo que ya indicába-

mos antes, cuando aún no tenía estado sumarial este incidente del proceso.

Fué la señora quien primeramente se presentó el día del hecho contado al juez, en la predería. La predería no la conocía. Observó que iba bien vestida y que su posición debía de ser acomodada. Deseaba comprar una rinconera, examinó las que en la tienda había, y, mientras trataba del precio, observó la predería con qué insistencia miraba la dama hacia la acera de enfrente, hasta que concluyó por asomarse de pronto á la puerta.

Entonces, volviendo cerca de la predería, le hizo expresarse así, sin duda, la alegría comunicativa que le produjera el logro de su objetivo:



—Mire usted, francamente, yo no he venido aquí á comprar nada. Mi único propósito ha sido ver á esa que ha pasado, porque es la amante de mi marido. Y salió, despidiéndose, de la tienda.

Pero en seguida, Vicenta, que había observado la maniobra, entró en la predería, deseosa de curiosar sobre la visita de la señora. Y como la predería sólo le contestase que la señora había estado de compras, Vicenta le replicó vivamente:

—No lo crea usted. A lo que ha venido esa señora es á verme á mí; porque —para que usted lo sepa—es la mujer de mi amante.

Singular coincidencia. En aquel momento interviene un nuevo personaje, apareciendo en escena el protector. Ambos amantes marchan en dirección del portal de la casa de Vicenta. Hablan. El caballero se va. Pero Vicenta, impulsada también por el afán comunicativo, vuelve á la predería y dice:

—Se cree esa señora que adelanta algo con seguirme; y lo que ha conseguido es que su marido le dé hoy la cena.

Un arma sospechosa.

El miércoles último encontraron los poceros municipales, en una alcantarilla de la calle de San Vicente, un cuchillo de grandes dimensiones, en cuya hoja aparecen algunas manchas, que igual pudieran ser de sangre que del órn producido por la oxidación del metal. La hoja está doblada por la punta.

En la duda de si ese instrumento es el arma de que se valió el incógnito asesino de la Vicenta para perpetrar su delito, el Juzgado lo envió al Laboratorio de Medicina legal para que se emita dictamen respecto á ese extremo.

¿A clarearse tocan!

No sabemos quién ha tenido la magna idea de publicar una especie de *résumé* en la prensa diaria, y nosotros—por no ser menos—reproducimos á continuación ese brillante trozo de prosa polizonesca, deseando que el llamamiento dé el resultado que sus autores apetecen.

Héle aquí:

«Como es posible que haya algunas personas que sepan algunos datos relacionados con el crimen y no se atreven á darlos por las molestias que esto origina, deben en esta ocasión prescindir de tales preocupaciones, en la seguridad de que las autoridades han de dar toda clase de facilidades á dichas personas.»

Ya lo saben, por tanto, todos. La policía «se queda en casa» como el señor de Cachupín, y allí espera las visitas y los escritos de confidentes y de guasones, que nunca faltan en estos casos. Bien nos pareció la invitación; pero creemos que los encargados del servicio de Vigilancia y Seguridad deben darse también algunos paseos. La vida sedentaria es muy poco higiénica...

Y aquí cerramos la información, deseando que la tragedia de que fué víctima una infeliz mujer no deba incluirse definitivamente en la categoría de los crímenes impunes y que el imperio de la Justicia reintegre al derecho hollado en sus posesiones legítimas...



La víctima-Vicenta Verdier (Retrato inédito).

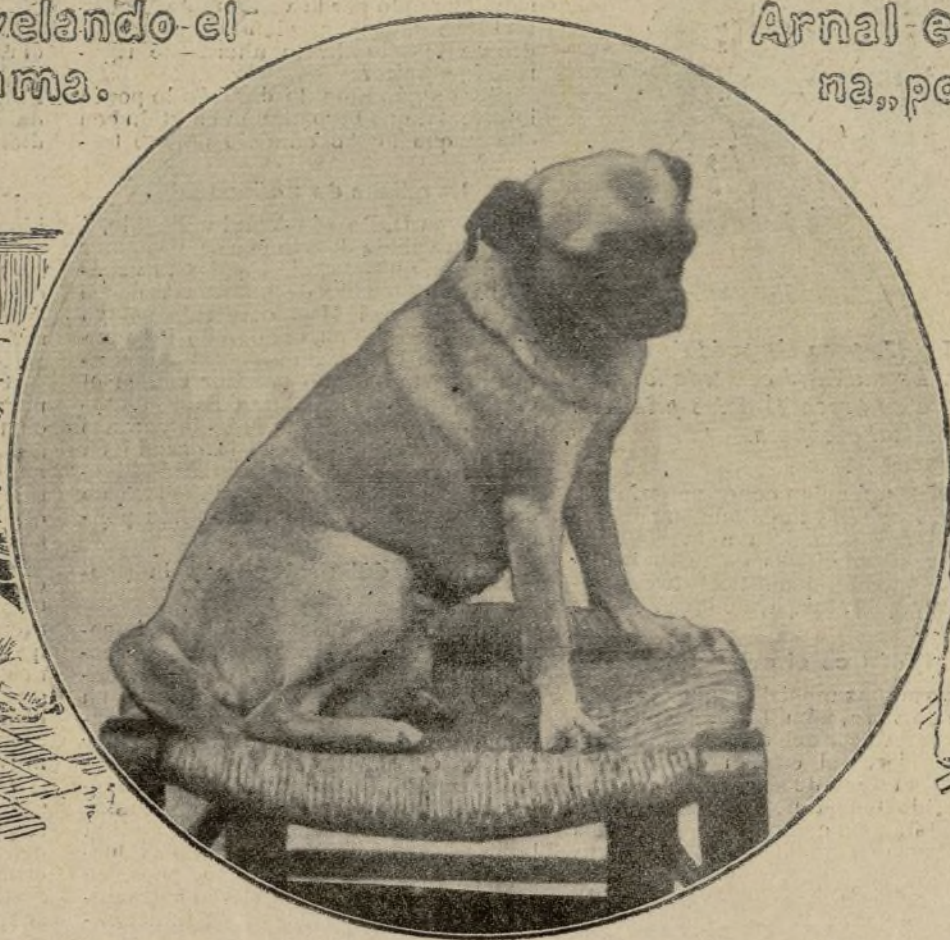
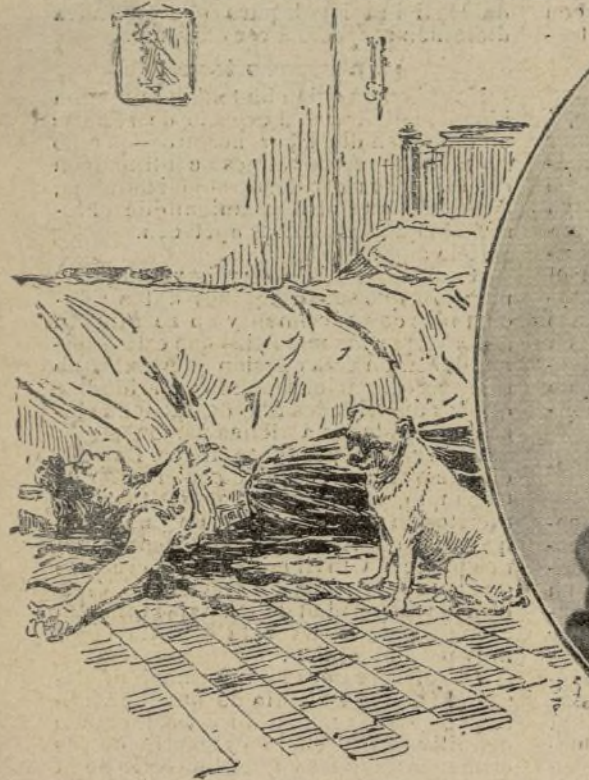


El zapatero, Campoamor, que descubrió el crimen.



Puerta de la casa piso 3.º izq.ª, sellada por el juzgado

La perra Nena, velando el cadáver de su ama.



Fotografía de la perra «Nena», que tan importante papel ha desempeñado en esta tragedia.

Arnal es presentado a Nena, por si esta le reconoce.





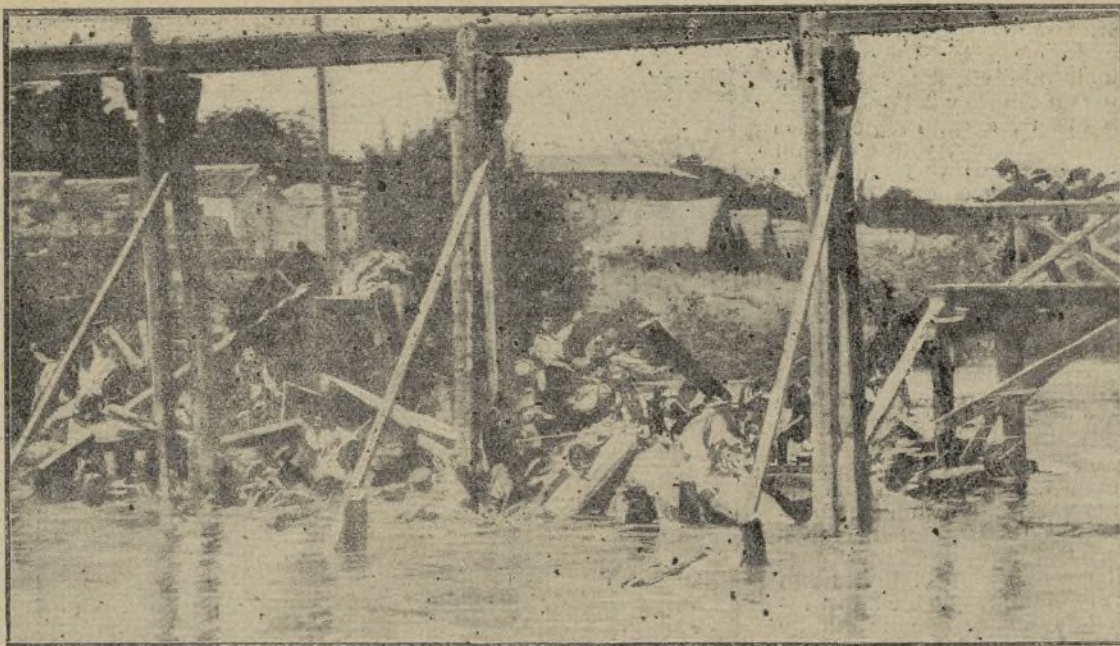
D. Ramón Arnal á su salida de la cárcel. Instantánea obtenida por Alfonso en la terraza de LA SEMANA ILUSTRADA.



Zacarías de Dios, que el martes asestó cuatro puñaladas á uno que le debía tres pesetas.



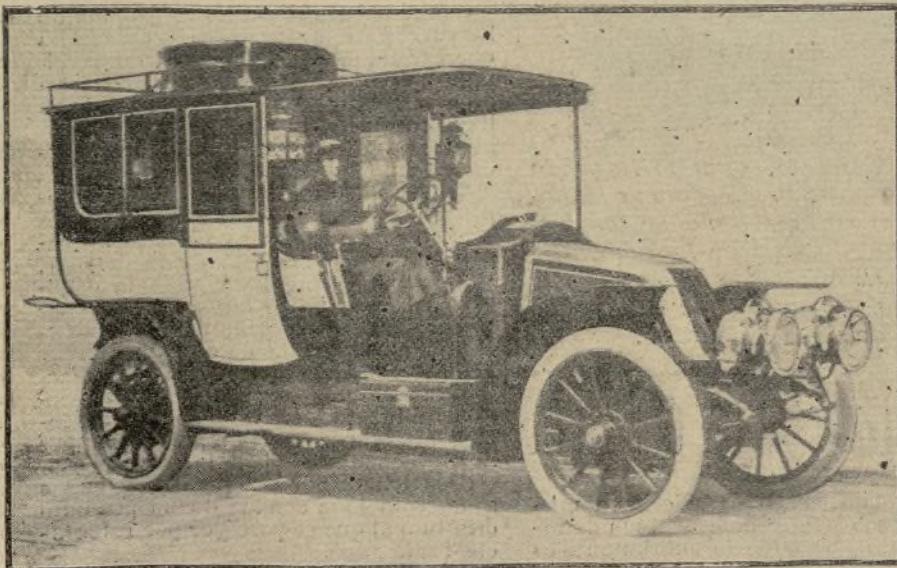
Mariano Martínez (Marianet) conocido ladrón que hirió gravemente á su mujer con una navaja.
(Ver Matadores de mujeres en la pág. 7.)



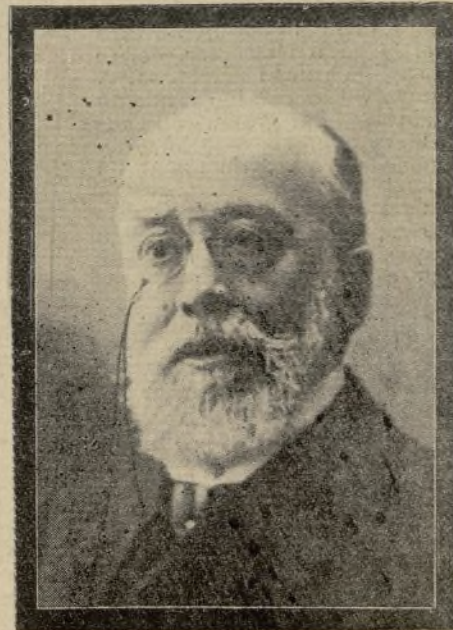
GENTE AL AGUA.—Un montón de cien criadas y soldados caídos el domingo último al río Manzanares desde lo alto del puente Verde, que se hundió al peso de los años y de la incuria municipal. Bastantes personas resultaron heridas, algunas de gravedad suma.



Los restos de Calvo y Vico en la capilla de la Congregación de Autores de Nuestra Señora de la Novena, en la iglesia de San Sebastián (Madrid).



El automóvil oficial de Maura, de 60 caballos, adquirido por la Presidencia del Consejo de Ministros y recientemente estrenado en un viaje á La Granja hecho por el Jefe del Gobierno para despachar con S. M.
(Léase la explicación con detalles curiosos en la pág. 7.)



D. José Muro, jefe de los republicanos en el Congreso, fallecido el día 18.
Fotografía C. mpany.

Mis tres días de cautiverio.

Artículo escrito expresamente para LA SEMANA ILUSTRADA, por Ramón Arnal.

Fui al Gobierno civil, á las siete, en compañía de mi madre y del Sr. Guerra, tuesped de nuestra casa. Preguntamos por el Sr. Millán Astray, y nos dijeron que no estaba, pero que veríamos al señor Martínez Campos, con quien se vió mi madre primero, y luego yo; y aquí empieza mi cautiverio. Dicho señor me interrogó si conocía á la víctima, cuánto tiempo hacía que la trataba y qué clase de relaciones tenía con ella, á todo lo cual le contesté en la forma que los periódicos han relatado; y luego que se fijó en mis manos cambió de táctica y debió de encontrarme á propósito para autor del crimen, y me encerró con un policía en uno de los despachos. Después vino un señor que se decía médico y me reconoció las manos, y luego otro que me preguntó una vaciedad; así un sinnúmero de ellos, y todos echándome las miradas más poco tranquilizadoras que darse puede, hasta que vino el Sr. Millán Astray, que es el único que me ha tratado con humanidad y de buena forma, y á quien estoy agradecido en medio de mi desgracia, pues él fué el único que se ocupó de si había tomado algo, y hasta hizo que me sirvieran un café, pues los demás se conoce que creían oportuno el tenerme en ayunas para mi confesión.

El Sr. Astray me interrogó, me miró todas las ropas, hasta las botas.

Luego me mandó comparecer ante otro médico, que también me reconoció, y más tarde me pasaron á otro despacho con varios policías á la vista. De allí me condujeron á otro cuarto, en donde esperé; me pusieron en el centro del cuarto y allí estuve hasta que les pareció oportuno. De allí fui á un último cuarto, y me reconocieron las piernas y parte del cuerpo.

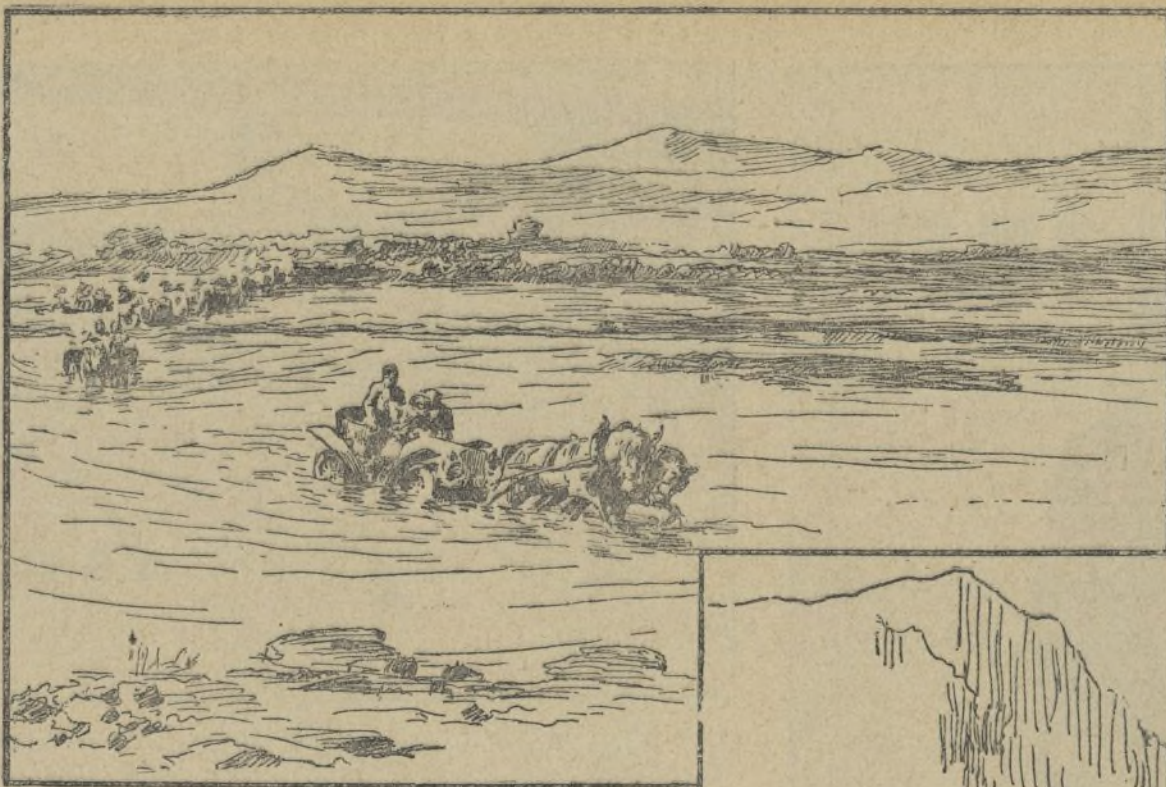
Estuve allí buen rato, hasta que vino un señor que me condujo á un coche, que me llevó al Juzgado de guardia, en donde declaré ante el juez y fui reconocido por dos médicos, que hicieron me desnudara; quise tomar un café u otra cosa y no me lo permitieron por no sé qué causas. Del Juzgado soy nuevamente conducido en coche á otro sitio, que después vi era el Depósito judicial, pues á mí no me manifestaban á dónde era conducido; y allí si que desplegó todo su celo policíaco el Sr. Martínez Campos, pues no se conformó con que viera el cadáver de Vicenta Verdier, sino que me hizo inclinar el cuerpo sobre la víctima, hasta tener su cara en contacto con la mía. Estará dicho señor satisfecho de su obra, porque si esto hace con un inocente, yo no sé si metería al verdadero criminal dentro de la caja. Debo advertir que yo era vigilado de una forma ridícula, pues hasta policías ciclistas marchaban á los lados del coche.

Del Depósito fui al Juzgado de guardia otra vez, donde sufrí la prueba de la perrita y otras más, todas ellas infamantes en demasía, y del Juzgado pasé de nuevo al Gobierno, donde escribieron mi declaración y me dejaron en un cuarto con un guardia y varios policías á la vista.

Debo hacer constar que me registraron en ambos sitios, y que me quitaron unos libros, que creo no delinquía al tenerlos, y que sufrí con toda la paciencia debida mil enojosas y humillantes preguntas. Me encerraron por la noche en un cuarto, con un policía y un guardia, hasta las doce, que me condujeron otra vez ante el Juzgado instructor, donde presté declaración ante el Sr. Mena. A todo esto hacía veintiocho horas que no comía, y lo hice, al fin, gracias á la galantería de un policía que, más humano que los demás, me permitió tomar un filete de solomillo.

Por orden del Sr. Mena me encerraron en un calabozo, donde pasé la noche sin comer y de pie, pues no había más que un banco que estaba ocupado por otros detenidos; así es que he llevado dos noches sin dormir y en pie. A las doce de la mañana del siguiente día fui conducido á la cárcel, amarrado fuertemente, como un vil criminal. Los libros que me quitaron eran las Flores del mal, de Baudelaire, y un tomito de Unamuno, que se titula Tres ensayos.

Ramón Arnal
19-6-97

DE PEKÍN A
PARÍS EN
AUTOMÓVIL

Salvando precipicios.—¡A las puertas del desierto!

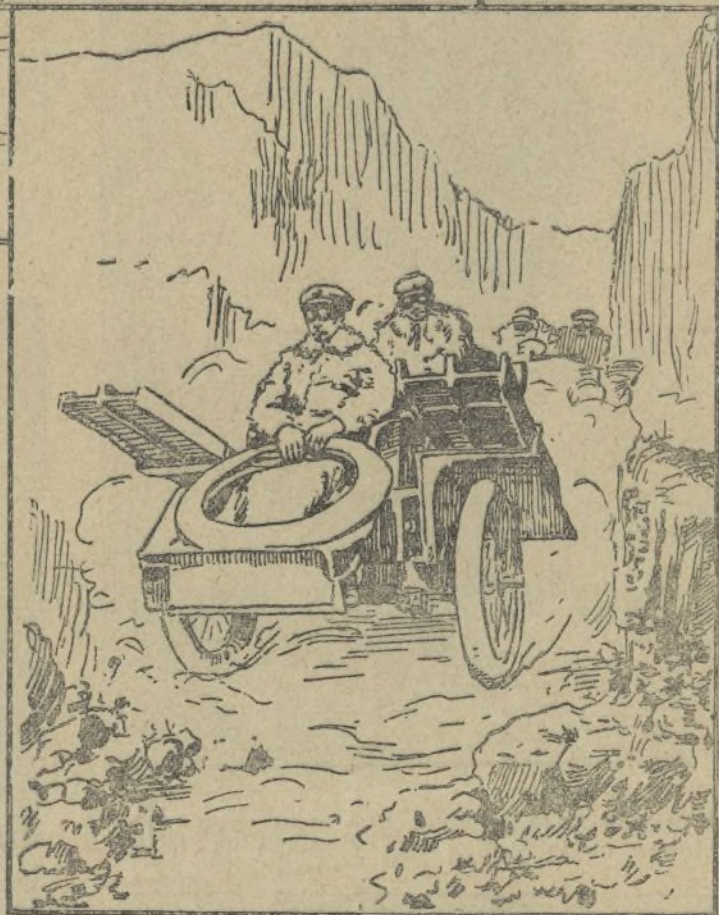
Es verdaderamente intrépido el record que están realizando once franceses, que en varios automóviles vienen desde Pekín hacia París. Las últimas noticias situaban á los automovilistas á las puertas del misterioso gran desierto del centro de la China, lleno de peligros.

Para alcanzarlo, los valerosos turistas acaban de atravesar la Suiza china, toda anegada por torrenciales lluvias. Los caminos llanos halláronlos transformados en lagos y las cuestas en torrentes impetuosos. Por estos lugares, los automóviles no podían marchar: eran arrastrados por bestias.

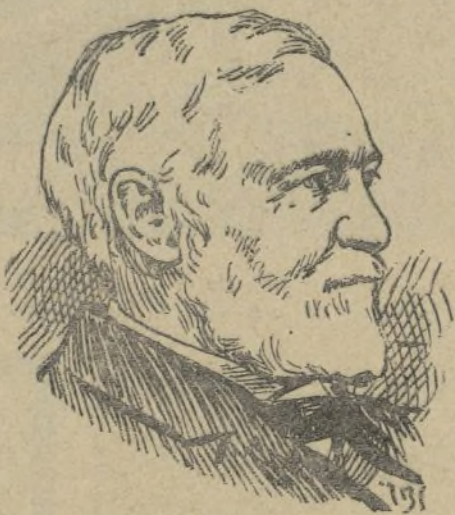
En el corazón de la montaña, precipicios enormes se abrían de pronto en el curso de las rutas. Otras veces las corraban macizos imponentes. Un día los automovilistas marcharon internados en un estrechísimo corredor de granito, á cuyos lados surgían Budas gigantes é inscripciones seculares que dictan á los viajeros preceptos de moral. Después encontraron un río, un gran río sin puente. ¡Y lo pasaron!

Los viajeros no son en este record verdaderamente automovilistas, sino más bien equilibristas prodigiosos. La suerte favorece los esfuerzos y la audacia sobrehumana de los conductores. Las máquinas deberían romperse mil veces. Y no se rompen. Los once turistas corren los más grandes peligros.

En este viaje extraordinario, que nunca se ha hecho, sólo pueden recorrer los automóviles unos cuarenta kilómetros por día. Por fin han encontrado estos coches locos quien detenga su marcha de centellas.



ECOS DE LA CONFERENCIA DE LA HAYA



Andrés Carnegie, gran millonario «yanké» que ha regalado un cuantioso capital para que con él se construya el futuro Palacio de la Paz en La Haya. Nelidoff, desde la Presidencia del actual Congreso de la Paz, acaba de darle las gracias.

EL MIEDO Á LA JUSTICIA

SIEMPRE que surge algún crimen misterioso ó se persigue á algún delincuente para cuyo descubrimiento es necesaria la colaboración de las gentes, échase de ver el terror pánico que por todas partes inspira la Justicia.

La prevención contra los procedimien-

tos curialescos no es de ahora; toda nuestra literatura picaresca está cuajada de graciosas alusiones y punzantes ironías á los perjuicios que ocasiona el más leve roce con los tribunales. Quevedo dedica á este asunto sus más ingeniosas sátiras.

La llegada de una citación judicial á cualquier hogar honesto produce el desasosiego de toda la familia; el padre se alarma, la mujer se sobrecoge, si no se desmaya, los niños lloran, los criados tiemblan; parece que por las puertas de la casa se ha entrado la propia desgracia en persona.

Es necesario que el cabeza se sobreponga á todos y calme los ánimos, diciendo: Ya veremos. Puede que no sea nada.

Cuando al día siguiente se despierta de los suyos para ir al Juzgado, se desarrolla una escena patética, como si ya no volvieran á verlo, y le hacen mil recomendaciones y hasta se empeñan en que lleve en los bolsillos las cosas más urgentes para los primeros días de encarcelamiento.

Este es el fruto de las eternas detenciones arbitrarias.

Mientras sobre un sospechoso no recaigan pruebas no se le debía detener, sino someterle á una vigilancia constante; la tentativa de fuga sería una confesión moral de su complicidad ó participación en el hecho de autos.

De este modo se evitaría el triste efecto de tener que pedir un millón de perdones á tanto inocente como sufre detención caprichosa ó prisión preventiva por alucinaciones de la policía.

¡Desdichados de los ciudadanos cuyas señas coinciden con las de un presunto criminal al que se persigue por referencias!

Yo sé de quien se ha afeitado sólo por no ser víctima de la equivocación de un polizonte, en cuanto leyó en los periódicos que el presunto asesino de Vicenta

Verdier tenía barba, según manifestaciones de unas modistas.

Luego resultó que, quizás sobrecojidas por este terror de que vengo hablando, las mismas modistas no se atrevieron á decir ante el comisario que le habían visto.

Acuérdense ustedes de la portera de la casa donde se desarrolló el célebre crimen de la calle de Fuencarral; tal miedo tenía á los curiales, que llegó á contestar al juez que no sabía si era casada.

Puede que no lo supiese.

Otro tanto ocurrió con el desorientante cochero Marcelino.

Cuando se requiera á alguno de testigo no se tiene el miramiento de citarle á hora compatible con sus ocupaciones y encima se le obliga á hacer una larga antesala en el Juzgado.

Ilustrar á la Justicia cuesta, por lo menos, perder la paciencia, si no se pierde el jornal ó el trabajo del día.

De modo que no hay quien por sport moral se arriesgue á sufrir estas contrariedades.

Así es que todo el que conoce algún detalle ó referencia que puedan servir de orientación al Juzgado se lo calla, ó, cuando más, lo denuncia en un anónimo.

Si quiere evitar la Justicia esta prevención conque por sus violentos procedimientos se la mira, necesita hacer una verdadera política de atracción, congraciarse con todo el mundo, desarrugar ese severo entrecejo que pone miedo en los espíritus pusilánimes, endulzar su lenguaje escueto é imperativo que sobrecoge á los sencillos, y dar cariñosa acogida á todos los que la auxilian, empezando por no hacerles perder el tiempo, recibirles en lugares más confortables y por ugiere menos displicentes. ¿Por qué no se ha de humanizar un poquito la diosa Themis?

¿Por qué, *verbi gratia*, en vez de poner en las papeletas de citación de testigos

la amenazadora coetilla de las penas á que se hace acreedor el rebelde, conque ya se le mete el corazón en un puño al que la recibe y se le hace murmurar de los tribunales, no se ponen unas cuantas líneas cariñosas agradeciendo su concurso y enalteciendo el deber que todos tenemos como ciudadanos de contribuir á que no quede impune la delincuencia?

¿Por qué se han de revestir los jueces de esa severidad rutinaria del cargo y han de emplear ese lenguaje lacónico y severo?

Yo no digo que bailen la *machicha*, ni que gasten cuchufletas con los testigos, ni conviden á unas cañitas á los que van á hacerles confidencias espontáneas; pero, vamos, una sonrisita á tiempo, un apretonecito de manos, cualquiera de esas menudencias de que tanto nos pagamos los españoles...

¡Cuidado que yo conozco jueces simpáticos, dicharacheros incluso! Pero ¡ay!, en cuanto se ponen la toga hasta á mí mismo, que les conozco y que sé que me quieren, me infunden miedo.

Las pocas veces que he tenido que concurrir á las Salesas, como testigo ó como procesado por delitos de imprenta, he experimentado la misma sensación de desasosiego que experimentaba cuando me examinaba de estudiante ó que experimento cuando estreno una obra.

No hace muchos meses fué la última; acudí como testigo espontáneo. ¡Me tocó esperar cinco horas!

Bien es verdad que fuí como testigo de descargo.

Gracias á que las pasé distraído, departiendo en el pasillo con Pepita Sevilla.

Pero, ¿y el pobre que no tenga una Pepita á mano con que distraerse?

Estos procedimientos molestos, esta acritud externa, estos formalismos rutinarios, amedrentadores, son de los que debe prescindir la Justicia.

De lo contrario, huir de ella será lamentable, será punible, pero... será humano.

EL SASTRE DEL CAMPILLO

MATADORES DE MUJERES

Mariano Martínez García (Marianet)

A la una y media de la madrugada del día 15 se presentó Mariano en la comisaría de la Inclusa, diciendo que quería hablar con el comisario.

—¿Para qué?—le preguntó un oficial. —Acabo de matar á mi mujer—contestó tranquilamente.

En seguida un inspector, acompañado de un hijo del asesino, se trasladó á la calle del Ferrocarril, número 12, donde encontró en un cuartucho y en una alcoba inmunda una pobre mujer en estado agónico.

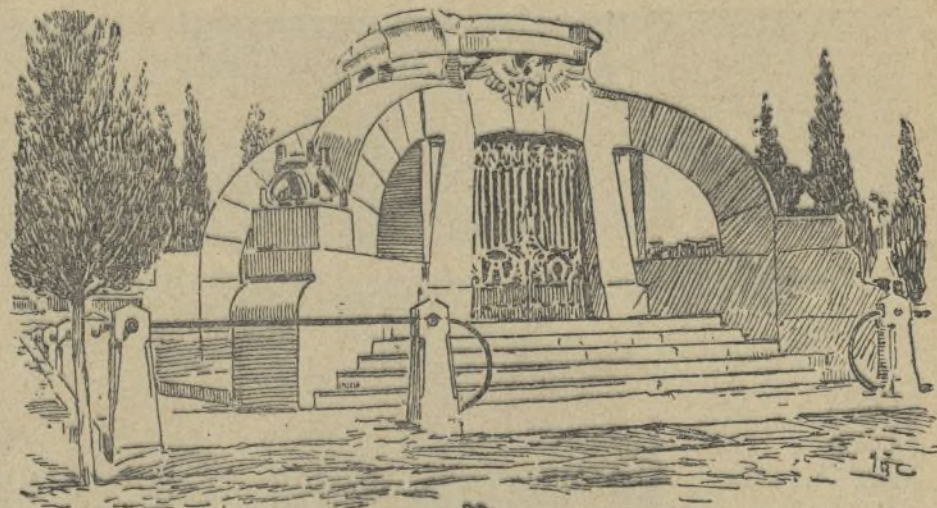
Sin detenerse, varios vecinos colocaron sobre una escalera á la infeliz y la condujeron á la casa de socorro de la Inclusa, en donde fué asistida por los facultativos de guardia señores Mata, Jimeno y Morcillo, que vieron tenía en el vientre una tremenda cuchillada, que dejaba los intestinos al descubierto completamente.

Observando los facultativos el estado de gravedad en que se hallaba, le aplicaron dos inyecciones de suero para reanimarla.

—¿Quién le ha herido á usted?—le preguntaron—. Mi hombre.—¿Por qué?—No sé, no sé. No pudieron continuar el interrogatorio, pues la pobre mujer empezó á delirar.

Poco después entraba en el estado agónico, mientras que el infame *Marianet*, ladrón muy conocido y que ha sufrido varias condenas, declaraba cínicamente su crimen en esta forma:

—Me acosté pacíficamente; pero estuve despierto, temiendo que mi mujer atentase contra mi vida, pues ella me pasaba la mano por la cara. Hubo un momento que creí que me iba á matar, y entonces cogí la navaja barbera que tenía debajo de la almohada, le di una cuchillada y me marché á la calle.



Mausoleo que se inaugura hoy á las doce y media en el Cementerio civil para albergar los restos del ilustre repúblico D. Francisco Pi y Margall.

El automóvil oficial de Maura

Los tiempos cambian mucho, y en los que corremos—expuestos á cada momento á rompernos la crisma—para ser jefe del Gobierno no hay más remedio que volar en automóvil.

De aquí que el Sr. Maura haya tenido que echarse automóvil, y de que tengamos en los presupuestos una nueva carga: el automóvil de la Presidencia.

¿Cuánto ha costado el automóvil presidencial? No ha salido por un céntimo menos de 40.000 pesetas. Es un precioso coche cerrado, de sesenta caballos de fuerza, que se estrenó oficialmente en la primera visita hecha el domingo último á La Granja.

Para el importante y discreto oficio de conducir al Gobierno por esos caminos, desde Madrid hasta el otro lado de la sierra, ha sido escogido un *chauffeur* muy joven—pues sólo tiene veintidós años—que es madrileño y que se llama Santiago Cambefort.

Este mecánico, tenido por muy experto y prudente, fué recomendado á la presidencia por el entusiasta automovilista D. Antonio Vargas Machuca. Precisamente al servicio de este señor hizo Cambefort su primera salida en automóvil, cuando tenía trece años; y después ha guiado los coches del conde de Arcentales, de D. José San Miguel y del doctor Highland.

Ahora es ya empleado del Estado, con sus 350 pesetas de sueldo al mes, que seguramente mirarán con envidia mucha parte del personal de la subsecretaría, donde el *chauffeur* presidencial cobra su nómina, y adonde va también por los dineros para la esencia y para la grasa.

Cada vez que lleva y trae de La Granja al Gobierno, Cambefort se encuentra conque ha gastado nueve bidones de gasolina. Cada bidón contiene cinco litros; de modo que entre los ocho suman 45 litros de esencia. Además ha gastado ocho bidones de aceite, equivalentes á 40 litros.

El *chauffeur* conduce el automóvil presidencial á La Granja á una marcha relativamente moderada, pues suele correr como máximo de 60 á 65 kilómetros por hora. Es esta una velocidad tranquilizadora. Además este *chauffeur* no tiene ningún antecedente que lo haga peligroso ni temible.

Y tal como es, y con su máquina amarilla, lo hemos retratado nosotros, con autorización expresa de la presidencia del Consejo, á la puerta del *garage* de la Castellana.

NUESTROS CONCURSOS

LA SEMANA ILUSTRADA inaugura hoy una serie de concursos interesantes y de gran amenidad, que llamarán poderosamente la atención del público.

Para estimular aún más la siempre curiosa diligencia de los lectores aficionados á este género de pasatiempos, regalaremos aménulo importantes premios, consistentes en dinero, objetos de arte ó de utilidad práctica, participaciones en billetes de la Lotería Nacional, etc., á aquellos que nos envíen las primeras y las más exactas soluciones.

El primero de nuestros concursos será el que titulamos

CONCURSO DEL ANARQUISTA

Bases generales.

PRIMERA. Las soluciones deben ser enviadas con el cupón que aparece al pie, entendiéndose que cada cupón vale sólo para una respuesta.

SEGUNDA. Serán desechadas las respuestas, aunque resulten exactas, que lleguen á nuestro poder sin cumplirse el anterior requisito.

TERCERA. Las señas de los sobres se redactarán así: Sr. Director de LA SEMANA ILUSTRADA, Marqués de la Ensenada, 8, Madrid, poniendo en todo caso una indicación que exprese el título del concurso y su número. En el actual la indicación será: «Para el concurso del Anarquista.—Número 1.»

CUARTA. Se admiten soluciones sólo hasta el Miércoles 26 á las doce del día, considerándose este plazo improrrogable.

Regalo de 100 pesetas.

Se establece un premio de cien pesetas para quien nos envíe la solución verdadera, y en caso de ser varios los que coincidan se procederá á una rifa y será la suerte la que adjudique en definitiva nuestro regalo.



¿Cuál es el nombre del anarquista cuyo rostro aparece cubierto con el antifaz?

CUPÓN PARA OPTAR AL CONCURSO
Número 1, de LA SEMANA ILUSTRADA
CONCURSO DEL ANARQUISTA

Establecimiento tipográfico de EL IMPARCIAL, Mesonero Romanos, 31.—Madrid.

MONSTRUOS MARINOS EN LAS COSTAS DE LA CORUÑA

RECIENTEMENTE los vapores pesquero de la Coruña han dado caza á dos monstruos marinos, pertenecientes á especies que hacen una merma colosal en la pesca, desde que han aparecido en las costas gallegas.

Uno de ellos es un tiburón enorme que mide cerca de cinco metros de longitud, y que fué pescado por el vapor *Avísipa*, á 210 brazas de profundidad y á 30 millas al Noroeste del cabo Villano. Antes de su aparición, los barcos volvían al puerto con 600 ó 800 merluzas, y después sólo llevaban uno ó dos cientos.

En el interior de varios de estos escualos algo menores, se encontraban con frecuencia merluzas todavía sin digerir, y dentro del que representamos en nuestro grabado se hallaron por arrobas, y además 42 hijuelos, que, con cinco que parió en el momento de la captura, suman 47, siendo de suponer que no constituirían aún toda la puesta.

El otro ejemplar aquí representado es como una gigantesca salamandra, pez de especie rarísima, que por primera vez se encuentra en los mares de Europa y que sólo en raras ocasiones se había cogido: la una en aguas del Japón y la otra en las de Madera, por el príncipe de Mónaco. Este monstruo es también un glotón de la pesca, y tiene semejanza con especies desaparecidas cuyos fósiles han sido encontrados en el terreno devónico.

El nuevo comité de la Sociedad de Oceanografía del golfo de Gascuña, dirigido por el Sr. Bertrand, ha hecho el estudio de estos peces extraordinarios. El director del Museo de Ciencias Naturales de Madrid, D. Ignacio Bolívar, fué á la Coruña á examinarlos, y ha escrito sobre ellos investigaciones muy interesantes en el último *Boletín de la Sociedad Española de Historia Natural*.





UN HOMBRE-FIERA.—EL CRUEL PARRICIDA ES AL FIN MATADO POR UNA DE SUS VICTIMAS

Toda la salvaje acometividad de los animales más dañinos se concentró en el autor de esta tragedia que, por lo horrible, parece inverosímil. Detalles oficiales que comunica el gobernador de Pontevedra, confirman la veracidad de nuestra información. En San Jorge de Pacos, pueblo de dicha provincia, el paisano Antonio Rivas Fontanés dispara dos tiros contra su padre; viene en defensa de éste un convecino llamado José Fraga Villar, y recibe en la lucha que entabla con el execrable

parricida tres tiros de revólver, cayendo gravemente herido. Al tener conocimiento de tales hechos, acude el comandante del puesto de la Guardia civil, Domingo Alvarez Fernández, acompañado del guardia González Nogueira. El criminal, sin contemplación alguna, la emprendió á tiros con la Guardia civil, hiriendo al cabo en la pierna derecha, que atravesó el proyectil de una parte á otra por bajo de la rodilla, y también al guardia, á quien otro proyectil dio en el costado izquierdo y

región del corazón. Los disparos hechos por uno y otros contendientes fueron numerosos, y llegó momento en que se trabó la lucha brazo á brazo entre el criminal y el guardia Nogueira, siendo éste, incluso, mordido en una mano, hasta que la aparición de un último vecino, el paisano Ramón García, facilitó el que el cabo Alvarez, ya herido, pudiese casi desde el suelo y sin fuerzas matar con una bala certera al rabioso criminal.